
Redes sociales y democracia. Una aproximación al debate sobre una relación compleja

Laura Alonso Muñoz
lalonso@uji.es

I. Resumen

558



Comunicación y democracia están estrechamente relacionadas y no podemos concebir la una sin la otra. Las redes sociales han irrumpido con fuerza en el ámbito de la comunicación, especialmente en el de la comunicación política, que se ha visto reflejado en las prácticas democráticas. Las potencialidades inherentes de las tecnologías digitales han transformado el ejercicio del activismo político, propiciando una clara redefinición de las relaciones de poder y generando una especie de contrapoder ciudadano. Sin embargo, pese a las múltiples oportunidades que presentan, las redes sociales también suscitan dudas. Mediante una revisión de la literatura, el objetivo de este artículo es realizar una aproximación teórica al profuso debate existente entre los académicos sobre si las redes sociales contribuyen a solucionar los problemas democráticos que padecen las sociedades actuales o si, por el contrario, los agravan. Se concluye al respecto que existen dos posturas. La de los ciberoptimistas, que establecen que las potencialidades de Internet favorecen la participación, el intercambio y la deliberación. Y la de los ciberescépticos, que se muestran reacios a creer que las tecnologías digitales y las redes sociales sean per se intrínsecamente democráticas ya que, pese a su potencial, su uso no es siempre lo positivo que debiera ser. Asimismo, se han detectado posibles líneas de investigación a tener en cuenta en futuras investigaciones.

Palabras clave: redes sociales, democracia, comunicación política, activismo político, ciberescépticos, ciberoptimistas.

II. Introducción

La web 2.0 y las redes sociales han revolucionado el panorama comunicativo actual al quebrar el monopolio informativo que ejercían tradicionalmente medios como la televisión o la prensa. Se crea un modelo comunicativo alternativo que permite la participación de actores que con el modelo tradicional quedaban silenciados, como ciudadanos y movimientos sociales (Castells, 2009). En este sentido, el público ya no es un ente pasivo que sólo consume, ahora también crea y distribuye la información, lo que no hace sino que empoderar a la ciudadanía y otorgarle un papel preferente en el cambio social impulsado a través de las tecnologías digitales (Jenkins, 2006).

El activismo político ha encontrado en las redes sociales una herramienta útil para comunicar y movilizar además de para captar la atención de los medios de comunicación tradicionales e introducir sus temas y enfoques en la agenda política y mediática. No sólo eso, movimientos sociales como la Primavera Árabe o el 15M se valieron de redes sociales como Twitter y Facebook para intentar cambiar aspectos

que consideraban poco democráticos u opacos de los sistemas políticos de sus respectivos países. Pese a que las redes sociales cuentan con enormes potencialidades que mejoran los procesos participativos, existen voces críticas que cuestionan el inherente carácter democratizador de las redes sociales y plantean que los efectos que generan no son tan positivos como se quiere creer. Otros expertos ensalzan sus virtudes y las consideran elementos fundamentales para la mejora democrática.

El objetivo de esta investigación es realizar una aproximación teórica al profuso debate existente entre los académicos sobre si las redes sociales contribuyen a solucionar los problemas democráticos que padecen las sociedades actuales o si, por el contrario, los agravan. Para ello, se realizará una amplia revisión de la literatura en la que nos centraremos en autores referentes en la materia.

III. Las redes sociales democratizan la información

La aparición de las tecnologías digitales ha traído consigo la democratización de la información, lo que a su vez implica el surgimiento de nuevas formas de ejercer el periodismo. Las redes sociales han roto el monopolio que poseían las élites políticas y periodísticas en la construcción de la realidad social y política (McNair, 2006) de manera que han cedido a los ciudadanos un papel preferente dentro del proceso comunicativo. El público ya no es un ente pasivo que sólo consume, ahora también crea y distribuye la información, lo que otorga a la ciudadanía un papel preferente en el cambio democrático impulsado a través de estos nuevos medios (Castells, 2009; Jenkins, 2006). Con Internet, y especialmente con las redes sociales, la construcción de la realidad ya no depende de un pequeño grupo de personas, sino que cualquier ciudadano puede ser productor y transmisor de noticias, lo que plantea un panorama comunicativo mucho más competitivo que el existente en décadas anteriores (Chadwick, 2011). Esto evidencia un claro progreso hacia la descentralización de la producción informativa (Heinrich, 2010).

Las redes sociales como Twitter han cambiado la forma de consumir información. El ciudadano ya no es un mero espectador. Esta nueva capacidad de crear información que tiene el ciudadano provoca, asimismo, un notable incremento de la cantidad de noticias que circulan por la red y a las que puede acceder el público (Chadwick, 2012), y la aceleración de la difusión de noticias en tiempo real gracias a las características técnicas de la red de *microblogging*. En contraposición, también se han visto afectadas las rutinas periodísticas, especialmente las de los medios convencionales, que han tenido que adaptar sus rutinas a este nuevo panorama informacional (Lasorsa, Lewis y Holton, 2012). Ya no son la voz preferente y deben convivir con nuevos actores, como movimientos sociales u organizaciones alternativas, y ciudadanos anónimos que adquieren un rol cada vez más importante, escapando del control de las élites políticas y periodísticas (McNair, 2006). Además, diversos estudios dilucidan que estos «nuevos» actores servirán al

periodista como fuente informativa, y que asumirán o colaborarán en funciones hasta ahora ejercidas por periodistas como la función de *watchdog* (perro guardián) o curador de contenidos, funciones altamente necesarias en un momento en el que hay que extremar las precauciones debido a la descomunal cantidad de información que circula por la red (Bakker, 2014; Bruno, 2011; Cappeletti y Domínguez, 2014; Hermida, 2012; López-Meri, 2015; McElroy, 2013).

Otra de las potencialidades que ofrecen las tecnologías digitales es la monitorización cívica para la fiscalización del poder. Keane (2009), uno de los primeros autores en acuñar este término, definió el concepto de *democracia monitorizada* como la fiscalización de los centros de poder político y económico por parte de la sociedad civil. Este escrutinio es posible debido al uso de herramientas tecnológicas y al gran torrente informativo derivado del entorno digital. En otras palabras, la monitorización «es una forma de contrapoder que desafía a los centros de poder político y económico» (Feenstra y Casero-Ripollés, 2014: 2462) y en la actualidad también mediáticos (Keane, 2009).

Los ciudadanos se tornan vigilantes de las acciones llevadas a cabo por estos de una forma similar a la clásica función de perro guardián ejercida por los medios (Casero-Ripollés, 2008). La práctica de la mediación se construye principalmente sobre la base de dos pilares: la rendición de cuentas y la exigencia de responsabilidades, y el ejercicio de la crítica social y política (Feenstra, 2012). En este sentido, lo que se pretende con esta forma de escrutinio es dar respuesta a los abusos de poder cometidos por los sectores más poderosos de la sociedad (Keane, 2009), de forma que se pueden convertir en una forma de contrapoder (Castells, 2009) y llegar incluso a alterar las relaciones de poder establecidas, generar cambios en la decisiones políticas, provocar dimisiones o incorporar nuevos temas a la agenda pública (Feenstra, 2012).

En definitiva, ciudadanos y organizaciones, hasta el momento sin voz en los grandes medios, han encontrado en las redes sociales su principal espacio de comunicación, y han arrebatado parte del poder simbólico ostentado por periodistas y políticos como informantes preferentes (Casero-Ripollés, 2009; Van Dijk, 1993). Es lo que Castells (2009) denomina «autocomunicación de masas» y que hace referencia a la nueva forma de comunicación en la red. Para el autor, cuanto más autonomía proporciona la tecnología a los usuarios, más oportunidades tendrán de que nuevos valores e intereses entren a formar parte del imaginario colectivo.

Numerosos estudios (Anduiza *et al.*, 2014; Casas, Davesa y Congosto, 2015; Casero-Ripollés y Feenstra, 2012; Ferreras-Rodríguez, 2011; Haro y Sampedro, 2011; Linares-Lanzman y Pérez-Alttable, 2015; Micó y Casero-Ripollés, 2014; Subirats, 2015; Toret, 2013) han demostrado que las redes sociales también han tenido un papel fundamental para movimientos sociales como el 15M o la PAH. Las tecnologías digitales les han permitido dar a conocer sus mensajes y reivindicaciones e intentar así cambiar los

aspectos negativos del sistema democrático actual. Es más, existen autores que defienden la idea de que las redes sociales tienen ya la suficiente capacidad como para transformar las democracias actuales (Margetts, 2013).

IV. Redes sociales y democracia: ciberoptimistas vs. ciberescépticos

Durante los últimos años hemos asistido a numerosas revueltas que cuestionaban los sistemas políticos actuales y demandaban una mayor transparencia y democracia a sus gobernantes. La denominada Primavera Árabe (Hermida, Lewis y Zamith, 2014; Papacharissi y De Fátima Oliveira, 2012) se inició en 2010 cuando los ciudadanos egipcios deciden ocupar las plazas para exigir el cese del gobierno de Hosni Mubarak, en el poder durante más de treinta años. A Egipto le siguieron países como Túnez, Turquía, Irak, Siria o Marruecos, que con regímenes políticos similares demandaban mejores condiciones de vida, más democracia y un mayor poder para el pueblo. Un año después, en 2011, las protestas se extienden a los países occidentales en los que la crisis económica y política había hecho mella en los ciudadanos, cansados de que el 1 % de la población acaparase más de la mitad de la riqueza del planeta y se enriqueciera a costa del resto y de que mientras se pedían sacrificios a la ciudadanía vieran la luz cada vez más escándalos de corrupción. Así aparecieron movimientos como Occupy Wall Street (Fuchs, 2014) en Estados Unidos, inspirado por el 15M en España. Gran parte de estas revueltas o movimientos tienen en común el uso de las redes sociales como herramienta para comunicar, movilizar y organizar las protestas, escapando del control político y de la mediación ejercida por los medios de comunicación, que en el caso de España, inicialmente, no reflejaron el fenómeno 15M (Ferrerías Rodríguez, 2011). Lo que en un momento determinado resultó ser una revuelta local se extendió a otros territorios a través de las redes sociales. Por eso, se dice que fue el año de las revoluciones de Twitter y Facebook (Fuchs, 2014). Internet ha favorecido la transnacionalización de las protestas encabezadas por los activistas, conectando demandas inicialmente locales a un ámbito global (Della Porta, 2011).

Tesis como estas son las que han generado un polarizado debate sobre si los medios sociales pueden o no transformar la democracia de un país (Fuchs, 2014). Existen elementos en la actualidad que pueden llevar a cuestionar los sistemas democráticos y en este marco se ha generado un intenso debate sobre si las redes sociales son capaces de regenerar la democracia y otorgarle un mayor protagonismo a los ciudadanos, debate que enfrenta los argumentos de ciberoptimistas y ciberescépticos (Resina de la Fuente, 2010).

A grandes rasgos, los ciberoptimistas o ciberutópicos establecen que las potencialidades con las que cuenta Internet favorecen la participación, el intercambio y la deliberación. Autores como Sampedro (2000) aluden al hecho de que esto supone una mejora en la opinión pública discursiva,

entendida como un proceso en el que la ciudadanía delibera entre sí y crea argumentos conjuntos, frente a una opinión pública agregada, en la que lo único importante son las mayorías procedentes de los sondeos y las urnas (Haro y Sampedro, 2011). Los ciberescépticos o ciberrealistas, en cambio, se muestran reacios a creer que las tecnologías digitales y las redes sociales sean *per se* intrínsecamente democráticas (Loader y Mercea, 2012) y enfatizan el hecho de que, pese a su potencial, su uso no es siempre lo positivo que debiera ser.

4.1. Ciberoptimistas

Entre los ciberutópicos destacan autores como Manuel Castells, que considera que los medios sociales ayudan a reconfigurar las relaciones de poder existentes y permiten a los ciudadanos ejercer de contrapoder. Se produce, por lo tanto, un empoderamiento de la ciudadanía (Castells, 2009; Jenkins, 2006). La red permite a los ciudadanos crear y compartir mensajes alternativos a los difundidos por las élites políticas y mediáticas, en definitiva, crear sus propios significados. En una sociedad organizada alrededor de «una metarred de redes de comunicación electrónica, Internet proporciona nuevas oportunidades de cambio social» (Castells, 2009: 531). Es decir, las redes sociales no sólo han cambiado la forma de comunicar de sus usuarios, sino que configuran y reconfiguran las estructuras sociales y la vida pública y privada del conjunto de la sociedad.

Mientras los «poderosos» han estado «espiando a los súbditos desde el principio de los tiempos» (Castells, 2009: 532), con las tecnologías digitales el súbdito adquiere el poder de vigilar al gobernante. Si los ciudadanos sorprenden a los políticos mintiendo, dice Castells, ahora tienen la capacidad de organizarse y demandar explicaciones prácticamente de forma instantánea, por lo que los gobernantes deberán permanecer atentos y prestar una mayor atención a los principios democráticos que durante tantos años han vulnerado.

En la misma línea que Castells, Shirky asegura que las redes sociales favorecen la libertad y la cooperación porque permite encontrarse sin tener que acudir a un espacio físico determinado. Por lo tanto, los medios sociales benefician la democracia. Las herramientas comunicativas fomentan la transferencia de poder ya que ofrecen un espacio de discusión que puede conducir a la acción de los ciudadanos ya comprometidos (Shirky, 2011). Además, considera que herramientas diseñadas específicamente para ser utilizadas por disidentes son políticamente fáciles de cerrar por parte del Estado, mientras que las herramientas creadas para que se haga un uso masivo de ellas, como Twitter y Facebook, son más difíciles de censurar sin correr el riesgo de politizar a una parte de la población sin opción política determinada. Respecto a los casos de censura en las redes sociales, Shirky considera que el efecto más importante de los medios sociales es su potencial. Asegura que la mejor razón para pensar que los medios sociales pueden



traer el cambio político a la sociedad es que tanto activistas como políticos creen que pueden hacerlo (Shirky, 2011).

4.2. Ciberescépticos

Internet también puede ser utilizado para propósitos menos honestos. Los regímenes dictatoriales, como el Egipto de Mubarak, pueden utilizarlas como una herramienta para elogiar las virtudes de la dictadura, incrementar el control y la vigilancia sobre la ciudadanía e incluso censurar contenidos (Howard, Agarwall y Hussain, 2011; Morozov, 2011a). Las dictaduras utilizan la red para vigilar y perseguir a las personas contrarias al régimen que lo cuestionan a través de redes sociales y blogs (Micó y Casero-Ripollés, 2014).

Las tesis de Morozov, que se autodenomina ciberrealista aunque su visión es más bien pesimista, siguen esta línea. En su libro, *The Net Dilusion: How to Liberate the World* (2011 a), además de analizar el impacto de Internet en los Estados autoritarios, critica el creciente entusiasmo en torno al potencial liberador de Internet. El autor sugiere que el poder democratizador de los medios sociales no trae ni democracia ni libertad, pero si afianza a los regímenes autoritarios. Argumenta que la promoción temeraria de las tecnologías digitales y las redes sociales como agentes democratizadores impulsada por occidente ha derivado en una mayor represión en los regímenes autoritarios. La actividad online se somete en dos sentidos: cerrando y bloqueando páginas web y blogs que difundieran informaciones contrarias al régimen e infiltrándose en grupos de protestas para rastrear y fiscalizar a los manifestantes y para propagar su propia publicidad (Morozov, 2011 a).

Difiere con los ciberutópicos en dos cuestiones. No cree en que Internet y las redes sociales son inherentemente emancipadoras y rechaza el convencimiento de que todas las cuestiones trascendentes de la sociedad moderna y la política se puedan enmarcar en términos de Internet (Morozov, 2011a). Además, sostiene que «los ciberutópicos que crean que la Primavera Árabe fue conducida por las redes sociales ignoran en qué se basa el activismo en el mundo real» (Morozov, 2011b).

En la misma línea, Gladwell afirma tajantemente que los medios sociales no han reinventado el activismo y recalca que no existe ningún tipo de evidencia de que estas herramientas actúen como agentes directos del cambio. Para ilustrar su tesis cuenta la historia de cuatro universitarios de Estados Unidos que, a principios de los sesenta, se sentaron en el mostrador de una tienda en Greensboro (Carolina del Norte) e iniciaron una protesta que acabó convirtiéndose en una revolución por los derechos civiles. Una lucha larga y sin violencia que consiguió que todos los ciudadanos, especialmente los afroamericanos, adquirieran los mismos derechos y libertades que el resto. Y fue sin Twitter, ni Facebook, ni correo electrónico (Gladwell, 2010).

Este autor argumenta que los medios sociales se construyen alrededor de lazos débiles: Twitter te acerca a gente que nunca has conocido y Facebook te acerca a familiares y amigos. Estos lazos sólo son

eficaces cuando la acción que se persigue es fácil y no conlleva riesgos. El activismo generado en Facebook tiene éxito porque se motiva a la gente a que realice sacrificios que no se habían planteado realizar antes. Se anima a millones de personas a que sigan páginas de Facebook relativas a programas de caridad por los damnificados de tragedias o guerras, pero sólo unos pocos usuarios estarían dispuestos a donar dinero. Es lo que él denomina *clicktivism*, o activismo de clic (Gladwell, 2010). Este termino, acuñado por Morozov (2011a) como *slacktivism* o activismo débil, pretende explicar que es muy fácil protestar a través de las redes sociales o sumándose a plataformas digitales de recogida de firmas como Change.org, pero muy pocos serían capaces de salir a la calle a realizar la misma acción. En consecuencia, los vínculos participativos son frágiles y no todos los que se movilizan en la esfera *online* lo harían en la *offline*.

V. ¿Pueden las redes sociales regenerar la democracia?

El debate en torno al carácter regenerador y democrático de las redes sociales sigue abierto en la actualidad. Gran parte de los regímenes democráticos mundiales está siendo cuestionado por la ciudadanía y las redes sociales podrían ser un elemento clave para su regeneración.

La relación entre redes sociales y democracia es muy compleja y los académicos no han conseguido dar una respuesta clara a si las redes sociales tienen o no una capacidad regeneradora democrática. Ambas tesis confrontadas (ciberescépticos y ciberoptimistas) cuentan con argumentos sólidos y válidos. Redes sociales como Facebook y Twitter dan voz a la ciudadanía para que opine y se queje sobre lo que no le gusta (ciberoptimistas), pero también es cierto que estas plataformas han acomodado a la sociedad y dificultan que las protestas digitales puedan dar el salto a la calle y algunos gobiernos autoritarios pueden utilizarlas con fines poco legítimos (ciberescépticos).

Ambas partes, por tanto, tienen parte de razón en sus argumentos. Se trata de un fenómeno muy complejo y, por ello, quizás resulta demasiado simplista que la literatura se divida únicamente en argumentos a favor y en contra y no se decante por una postura intermedia. Antes de posicionarse sería necesario, por tanto, analizar los elementos de cambio y continuidad existentes y para poder formarnos una visión más amplia de los hechos (McChesney, 2013).

VI. Nuevas líneas de investigación abiertas

Si bien las redes sociales permiten a los ciudadanos cambiar o influenciar algunas prácticas democráticas, nuevas líneas de investigación abiertas demuestran que las redes sociales también dotan a ciudadanos y activistas de la capacidad de participar en la construcción de la agenda pública. Es decir, de intentar introducir sus temas y enfoques en los

medios de comunicación convencionales con el objetivo de acabar introduciendo el tema en la agenda de los ciudadanos.

Las potencialidades de Internet y las redes sociales han abierto un sinfín de oportunidades en términos comunicativos. Se ha creado la coyuntura perfecta para que ciudadanos, blogueros y activistas, entre otros, puedan participar de forma activa en la construcción de la agenda pública. Se trata de una gran oportunidad para los movimientos sociales, que a través de la red pueden expandir sus protestas y transmitirle al público su mensaje, sin necesidad de pasar por los medios de comunicación primero y evitando cualquier posible sesgo. El establecimiento inverso de la agenda (Sung-tae y Young-hwan, 2007) responde a esta nueva capacidad de los ciudadanos para condicionar la agenda de los medios y, por consiguiente, la agenda pública.

En la *reversed agenda* o agenda inversa, el público, tradicionalmente receptor pasivo, se convierte en un agente activo que propone temas que los medios aceptan, de manera que se produce una construcción inversa de la agenda. En las teorías clásicas de la formación de la *agenda-setting*, los medios eran los únicos agentes que influenciaban la agenda del público. En la actualidad, Internet revierte la agenda de los medios para que las agendas de la red ocupen una posición preferente en la formación de la opinión pública (Sung-tae y Young-hwan, 2007).

Según estos autores, la formación de la agenda inversa está compuesta por tres fases. En la primera, un internauta anónimo difunde información a través de su perfil en redes sociales, un blog, una web personal o un foro y esta adquiere una especial relevancia en el entorno digital. En la segunda, el tema se extiende a través de la red y llega a un número mayor de usuarios a través de la cobertura realizada por portales digitales o medios de comunicación alternativos. En la última etapa, debido a que el tema ha tenido una gran repercusión en la red, es recogido por los medios de comunicación convencionales e incorporado a la agenda pública. Sin embargo, destacan que estas tres fases no tienen por qué darse en este orden. En algunos casos el proceso se inicia con la primera etapa, pero en otros, el tema está cubierto por los medios de comunicación convencionales y, posteriormente, emerge de nuevo como una agenda mayor tras el escrutinio del tema en Internet. A veces, incluso, puede darse a través de las tres fases a la vez en un periodo de tiempo muy reducido (Sung-tae y Young-hwan, 2007).

En su artículo, Sung-tae y Young-hwan (2007), analizan diez casos en los que se ha producido una mediación de la agenda inversa por parte de la ciudadanía a través Internet. Establecen que los comportamientos poco éticos o adecuados de políticos y parlamentarios son los que más suscitan esta práctica. Ying Jiang (2014) aplicó esta teoría al caso chino, examinando cómo Weibo, una de las redes sociales más populares en China, fue capaz de fijar la *agenda-setting*. Su investigación proporcionó evidencias de cómo tendencias (*trending topics*) de Weibo habían sido capaces de impactar en la agenda de los medios de comunicación

controlados por el Estado. De este análisis se extrae que los casos de corrupción son los que más generan esta práctica.

En España, recientes investigaciones (Feenstra y Casero-Ripollés, 2012) han corroborado que el 15M logró incorporar una de sus demandas, la supresión del Senado, a la agenda de los medios de comunicación. En 2011 empezó a circular un correo electrónico en el que se detallaba cuál era el gasto del Senado en España y se exigía su supresión tal y como ocurre en países como Noruega o Suecia. El tema tuvo una gran repercusión en blogs, foros y redes sociales y el 15M lo incorporó como una de sus demandas y uno de sus principales temas de discusión. Lo que había nacido en la red, dio el salto a los medios convencionales de la mano de *Salvados* que dedicó un capítulo a intentar averiguar la función del Senado. La mayoría de senadores entrevistados respondió que no tenía ninguna utilidad en la actualidad. El programa fue visto por más de un millón de espectadores, muy activos en las redes sociales, especialmente Twitter, donde comentaban con sorpresa e incredulidad las declaraciones de los políticos entrevistados por el presentador del programa, Jordi Évole. Dos meses después, a una semana de las elecciones generales, el diario *El País* publicó un crítico reportaje sobre esta cuestión. Aunque el movimiento consiguió introducir esta noticia, ambos expertos coinciden en el hecho de que los medios convencionales aún ocupan una posición central en la esfera pública, por lo que todavía es necesaria su mediación para que el mensaje llegue a un número más amplio de personas y adquiera una mayor visibilidad social.

Peso a ello, todavía queda mucho por investigar, especialmente en el caso español.

VII. Bibliografía

ANDUIZA, E. y otros (2013): «Mobilization Through Online Social Networks: The Political Protest of Indignados in Spain», *Information, Communication and Society*, 17(6).

BAKKER, P. (2014): «Mr. Gates Returns», *Journalism Studies*, 15(5).

BRUNO, N. (2011): *Tweet First, Verify Later: How Real-Time Information Is Changing the Coverage of Worldwide Crisis Events*, Reuters Institute for the Study of Journalism, Oxford.

CASAS, A. y otros (2015): «Protesta multitudinaria. ¿Mensaje caótico?. La interacción entre el 15M y los medios de comunicación», *Repositorio Universidad de Washington*.

CAPPELETTI, M. Y S. DOMÍNGUEZ (2014): «La curaduría de contenidos y la narrativa colaborativa en el Ciberperiodismo: Estudio de caso de Storify en el diario digital Elpais.com», *Estudio sobre el Mensaje Periodístico*, 20(1).

CASERO-RIPOLLÉS, A. y R. FEENSTRA (2012): «The 15M Movement and the New Media: A Case of Study of How New Themes Were Introduced into Spanish Political Discourses», *Media International Australia*, 144.

CASERO-RIPOLLÉS, A. (2009): «El control político de la información periodística», *Revista Latina de Comunicación Social*, 64.

CASERO-RIPOLLÉS, A. (2008): «Modelos de relación entre periodistas y políticos: La perspectiva de la negociación constante», *Estudio Sobre el Mensaje Periodístico*, 14.

CASTELLS, M. (2009): *Comunicación y Poder*, Alianza, Madrid.

CHADWICK, A. (2011): «The Political Information Cycle in a Hybrid News System: The British Prime Minister in the 'Bullygate' Affair», *International Journal of Press Politics*, 16(1).

– (2012): «Recent Shifts in the Relationship Between the Internet and Democratic Engagement in Britain and the United States: Granularity, informational exuberance and political learning», ANDUIZA, E.; M. JENSEN Y L. JORBA (ed.): *Digital Media and Political Engagement Worldwide*, Cambridge University Press, Nueva York.

DELLA PORTA, D. (2011): «Communication in Movement: Social Movements as Agents of Participatory Democracy», *Information, Communication and Society*, 14(6).

FEENSTRA R. A. y A. CASERO-RIPOLLÉS (2014): «Democracy in the Digital Communication Environment: A Typology Proposal of Political Monitoring Processes», *International Journal of Communication*, 8.

FEENSTRA R. A. y A. CASERO-RIPOLLÉS (2012): «Nuevas formas de producción de noticias en el entorno digital y cambios en el periodismo: el caso del 15-M», *Comunicación y Hombre*, 8.

FEENSTRA, R. A. (2012): *Democracia monitorizada en la galaxia mediática*, Icaria, Barcelona.

FERRERAS-RODRÍGUEZ, E. M. (2011): «Redes sociales y cambio social. El movimiento 15M y su evolución en Twitter», *Telos*, 89, Madrid.

FUCHS, C. (2014): *Social Media: a Critical Introduction*, Sage, Londres.

GLADWELL, M. (2010, 4 de octubre): «Small Change: Why the Revolution Will not be Tweeted», *The New Yorker*.

HARO, C. y V. SAMPEDRO (2011): «Activismo político en Red: del Movimiento por la Vivienda Digna al 15M», *Teknocultura*, 8(2).

HEINRICH, A. (2010): *Network Journalism. Journalistic Practice in Interactive Spheres*, Routledge, Londres.

HERMIDA, A. y otros (2014): «Sourcing the Arab Spring: A Case Study of Andy Carvin's Sources on Twitter during the Tunisian and Egyptian Revolutions», *Journal of Computer-Mediated Communication*, 19(3).

HERMIDA, A. (2012): «Tweets and Truth», *Journalism Practice*, 6(5-6).



HOWARD, P. N. y otros (2011): «When do States Disconnect Their Digital Networks? Regime Responses to the Political Uses of Social Media», *The Communication Review*, 14(3).

JENKINS, H. (2006): *Convergence Culture: Where Old and New Media Collide*, NYU Press, Nueva York.

JING, Y. (2006): «'Reversed Agenda-Setting Effects' in China. Case Studies of Weibo Trending Topics and the Effect on State-Owned Media in China», *Journal of International Communication*, 20(2).

KEANE, J. (2009): *The Life and Death of Democracy*, Simon & Shuster, Londres.

LASORSA, D. y otros (2012): «Normalizing Twitter: Journalism Practice in an Emerging Communication Space», *Journalism Studies*, 13(1).

LINARES-LANZMAN, J. y L. PÉREZ-ALTABLE (2015): «Usos de Twitter durante el 15M. El caso de la prensa catalana», *Sur le Journalism*, 4(1).

LOADER, B. D. y D. MERCEA (2012): *Social Media and Democracy: Social Media Innovations in Participatory Politics*, Routledge: Londres.

LÓPEZ-MERI, A. (2015): «Twitter como fuente informativa de sucesos imprevistos: el seguimiento de hashtags en el caso de #ArdeValencia», *Anuario Electrónico de Estudios en Comunicación Social "Disertaciones"*, 8(1).

MARGETTS, H. (2013): «The Internet and Democracy», en DUTTON, W. H. (ed): *The Oxford Handbook of Internet studies*, Oxford University Press, Gran Bretaña.

MCCHESNEY, R. W. (2013): *Digital Disconnect: How Capitalism Is Turning the Internet Against Democracy*, The New Press, Nueva York.

MCELROY, K. (2013): «Where Old (Gatekeepers) Meets New (Media)», *Journalism Practice*, 7(6).

McNAIR, B. (2006): *Cultural Chaos. Journalism, News and Power in a Globalised World*, Routledge, Londres.

MICÓ J. L. y A. CASERO-RIPOLLÉS (2014): «Political Activism Online: Organization and Media Relation in the Case of 15M in Spain», *Information, Communication y Society*, 17(7).

MOROZOV, E. (2011 a): *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*, Public Affairs, Nueva York.

– (2011 b, 7 de marzo): «Facebook and Twitter are Just Places Revolutionaries Go», *The Guardian*.

PAPACHARISSI, Z. y M. DE FÁTIMA OLIVEIRA (2012): «Affective News and Networked Publics: The Rhythms of News Storytelling on #Egypt», *Journal of Communication*, 62(2).

RESINA DE LA FUENTE, J. (2010): «Ciberpolítica, redes sociales y nuevas movilizaciones en España: el impacto digital en los procesos de deliberación y participación ciudadana», *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, 7.

SAMPEDRO, V. (2000): *Opinión pública y democracia deliberativa*, Istmo, Madrid.

SHIRKY, C. (2011): «The Political Power of Social Media», *Foreign Affairs*, 90(1).

SUBIRATS, J. (2015): «Todo se mueve. Acción colectiva, acción conectiva. Movimientos, partidos e instituciones», *Res*, 24.

SUNG-TAE, K. y L. YOUNG-HWAN (2007): «New Functions of Internet Mediated Agenda-Setting: Agenda-Rippling and Reversed Agenda-Setting», *Korea Journalism Review*, 1(2).

TORET, J. (2013): *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida*, UOC-IN3, Barcelona.

VAN DIJK, T. A. (1993): «El poder y los medios de comunicación», *Periodística*, 6.